

## CAPITULO UNDÉCIMO

### LLEGA AL PERÚ EL VIRREY BLAZCO NUÑEZ VELA Y EJECUTA LAS ORDENANZAS

**H**ECHAS las ordenanzas, los que de este Perú estaban en España avisaron a los interesados de que se recibió muy grande escándalo entre los Conquistadores; acudieron muchos al Cuzco a dar sus Memoriales y quejas al Licenciado Cristóbal Vaca de Castro, que a la sazón era Gobernador del Perú. Antes que llegase a España, los Procuradores de los Indianos habían proveído a Blazco Núñez Vela, Caballero principal, vecino de la Ciudad de Avila, que a la sazón era Veedor general de guardias de Castilla, para que viniese por Virrey y ejecutor de la Ordenanza a este Perú, y se proveyeron con él cuatro Oidores para la Audiencia, que ya se había puesto en este Reino; y todos se hicieron a la vela en el Puerto de San Lucas de Barrameda en 1<sup>o</sup> de noviembre de 1543, y el Virrey se adelantó sin esperar a los Oidores y fué ejecutando las ordenanzas que llevaba; y la primera fué que los Indios se volviesen a su naturaleza, estando fuera de ella, y desembarcado en Tumbes comenzó a ejecutar las ordenanzas en cada lugar por donde pasaba; y si bien le suplicaron a que los Oidores se juntasen en la ciudad de Lima, y que los oyesen para informar a S. M., él no quiso; de suerte que Blazco Núñez entró en el Perú contra el gusto de todos, y así tuvo mal fin su jornada; requirió a Vaca de Cas-

tro con las comisiones que traía para que desistiese del Gobierno; luego comenzaron a sentir el rigor del virrey habían pareceres y persuadían a Vaca de Castro que no le admitiese, y que si él no quería oponerse en esto, que ellos le harían de suerte que ya las cosas se iban poniendo en malos términos; procuraba Vaca de Castro sosegarlos, mas no bastaba su autoridad.

Recogieron en el Cuzco muchos de los principales, y comenzaron a juntar las armas que había en Guamanga; en esta ocasión se hallaba Gonzalo Pizarro, hermano del Marqués Don Francisco Pizarro y de Hernando Pizarro, en su repartimiento de Chaqui y Puna, donde tenía 1.000 pesos de renta cada semana, sin los muchos marcos de plata que le traían de las Minas de Porco, donde también estaba interesado; y teniendo noticia del alboroto que se comenzó en el Cuzco y demás ciudades del Perú, salió de Chaqui con 60 Castellanos, criados y amigos que mantenía en su casa, y en pocos días llegó al Cuzco, donde le nombraron por procurador general. Pedían todos a Gonzalo Pizarro que hiciese cabeza para suplicar de las ordenanzas, y no reparó mucho, pues tenía buen ánimo; trató luego de que lo hiciesen gobernador por ser hermano del Marqués Don Francisco Pizarro. Nombrado, pues, por Procurador general de todo el Reino para negociar que no se ejecutasen las ordenanzas, fué el primer título que ganó a los bien intencionados; fué juntando gente e hizo Maestro de Campo a Francisco Carbajal, gran soldado del Gran Capitán; hallóse en el saco de Roma y en la prisión del Rey Francisco de Francia. De los valientes Capitanes de su tiempo, aunque mal cristiano, se escriben cosas execrables en las historias del Perú. Vino dicho Carbajal de Capitán a México por orden del Virrey Don Antonio de Mendoza, cuando se le rebelaron los indios; y (cuando) tuvo el Rey Manco Cápac 2<sup>o</sup> cerca de a Lima 6 meses, tuvo Carbajal su repartimiento en el Cuzco. Y queriendo volverse a España con 600.000 pesos, recogió Gonzalo Pizarro en el Cuzco hasta 150.000 castellanos en oro, y del asiento de Porco le trajeron 300.000 pesos de plata; cada día se le juntaban gentes, y de la Ciudad de los Reyes venían blasfemando del Virrey para indignar más los ánimos, como es costumbre en los que pretenden motines. En el Cabildo del Cuzco se hicieron muchas juntas sobre la venida del Virrey, y resolvióse que Gonzalo Pizarro fuese por procurador a la ciudad de los Reyes y suplicase de las ordenanzas en la Audiencia, acompañado de gente armada porque el Virrey había tocado tambores en la Ciudad de los Reyes para castigar a los que habían ocupado la Artillería, y también porque le tenían por hombre áspero y que

hacia de hecho y amenazaba a muchos, y que sin la Audiencia él no podía hacer nada. Daban otros muchos colores al venir de Pizarro con gente armada, y con esto levantaron Banderas, y con demasiada pasión se le juntaron muchos. El Virrey tuvo aviso de estos levantamientos; y queriendo juntar gente para remediarlo, llegaron los Oidores y se recibió el sello real el año de 1544, y se formó la Audiencia; pero tan mal concertados los Oidores con el Virrey, como si fueran enemigos. En ese intermedio, habiendo salido Pizarro del Cuzco, andaban por sus contornos recogiendo soldados y municiones; y cuando escribía a los pueblos se firmaba Procurador General del Perú y defensor de los Beneméritos. Hallábanse alistados 500 hombres, y Pizarro aguardaba a su Maestre de Campo Carbajal; eran parciales los Cabildos de Chuquisaca, Cuzco, Guamanga y muchos vecinos de Lima, no para cooperar en su alzamiento, sino para apoyarle como a su Procurador. Con esto en Lima ganó amigos, en los Charcas favor, en el Cuzco crédito, y en Quito aclamación, creyendo los Pueblos que en su osadía estaba su defensa; mas presto se desengañaron porque venido Carbajal y habiéndose hecho cargo, comenzó junto con Pizarro a tiranizar los Pueblos. Conocieron los leales de estas tierras de arriba que no era la suya protección, sino de alzamiento; y el gran vasallo Diego Centeno le dio batalla en Guarina, pero venció Pizarro y murieron 300 leales; escapó el Capitán Centeno, ahorcaron en Carabuco a Francisco Pantaleón, Clérigo Presbítero, con el Breviario al cuello, porque halló Carbajal que tenía escrito (en) un blanco de él: Gonzalo Pizarro es Tirano.

Sabido por el Virrey y Audiencia los aparejos de guerra que Pizarro y sus parciales hacían en el Cuzco, despacharon provisiones, llamando gente con armas, para servir al Rey. Nombrraron Capitanes, hízose un ejército en que había 600 hombres de güera, sin los vecinos de Lima, los ciento de a caballo y doscientos arcabuceros y los demás piqueros; mandó el Virrey hacer muchos arcabuces de hierro, y de unas campanas de la Iglesia mayor; prendió al Licenciado Vaca de Castro y a otros caballeros sin hacerles cargo de su prisión. Gonzalo Pizarro, habiendo hecho toda la gente que pudo, salió de la Ciudad del Cuzco con campo formado y hasta 20 tiros de Artillería y razonable munición; toda la tierra desde el Cuzco arriba disponiendo con armas su defensa, y el Capitán Centeno era el que se oponía a toda rebelión; marchaba ya para la Ciudad de Lima Gonzalo Pizarro, escribiéndole la Audiencia que si venía por Procurador echase de sí el ejército. Respondió que venía a verse con

el Virrey como defensor y Procurador General del Reino; y que el venir con ejército formado era porque los Indios Capitanes del Inga tenían cogidos los caminos. Envió a tomar los pases desde el Cuzco a Lima y cogió con títulos de empréstito la plata de las Reales Cajas de Chuquisaca y otros Pueblos cortos de la Provincia de Porco; al punto que supieron que los intentos de Pizarro no eran leales, levantaron bandera Real. formaron gente contra el rebelión y despacharon 25 de a caballo y por Capitán a Luis Ribera; llegaron a Lima en defensa del Virrey, el cual también estaba prevenido. En el Cuzco hacía la parte del Rey, Baltasar de Loaisa y Diego Centeno; Pizarro estaba en Xaquijaguana, y allí se le apartaron hasta 25 hombres principales, que sintiendo cómo el negocio iba en deservicio del Rey, cumpliendo las provisiones en que el Virrey y Audiencia los llamaba, por camino encubierto fueron a Lima para servir al Rey; lo cual sintió Pizarro; otros, como Pedro de Güelles, teniente de Guanuco, y Jerónimo de Villegas con cuarenta de a caballo se pasaron al bando de Pizarro. Mató Gonzalo Pizarro algunos Capitanes principales de su campo, porque sintió que se querían pasar al servicio del Rey.

## CAPITULO DUODÉCIMO

### LLEGA PIZARRO CON SU EJERCITO A LIMA

**L**OS Oidores enviaron a hacer saber a Gonzalo Pizarro cómo habían preso al Virrey; lo que creía si no entendía que era ruido echadizo para hacerle derramar la gente, requiriéndole que, pues, estaban allí en nombre de S. M. para administrar justicia y, pues, habían suspendido la ejecución de las ordenanzas y otorgado la suplicación de ellas, y enviado al Virrey a España, que era mucho más de lo que ellos habían pedido, que luego deshiciese su gente y que viniese de paz, y que para seguridad de sus personas, si quisiesen, podían traer hasta 15 ó 20 de a caballo; pero no hallaban quién se atreviese a ir con esta provisión; y al fin fueron Agustín Zarate, Contador del Rey, con Antonio de Ribera. Dificultad tuvieron de hacer su embajada; porque sabiéndola Pizarro, no gustaba de oírla. Al fin los oyó avisándoles primero de lo que habían de decir, y respondió que dijese a los Oidores de parte de los Procuradores y Capitanes de las ciudades que hiciesen a Gonzalo Pizarro Gobernador del Perú, que así convenía al Rey; y que no le haciendo, saquearían la Ciudad con riesgo de sus vidas. Volvió Zarate con esta respuesta a los Oidores.

Gonzalo Pizarro tenía profundos pensamientos, y no había de parar en acometimientos de Procuradores, sino en resoluciones

de Imperio; él y su ejército se puso a una legua de Lima, y asentó su Campo y Artillería; y como vio que se dilataba aquel día la provisión, envió la noche siguiente a su Maestre de Campo Carbajal con 30 arcabuceros el cual prendió hasta 28 personas que habían favorecido al Virrey, a los cuales puso en la cárcel pública y se apoderó de ella, sin ser parte los Oidores para se lo estorbar; porque en toda la ciudad no había 50 hombres de guerra por haberse pasado los más a Gonzalo Pizarro, que con los que él traía llegaban a 1.200. Los Oidores respondieron a Pizarro que no podían hacer lo que pedía, sin petición de parte. Consultóse brevemente por los Oidores y Obispos de Lima, Cuzco y Quito, conviniendo todos en que se obedeciese por Gobernador a Gonzalo Pizarro, y se le dio su provisión real. Entró en la Ciudad en forma de guerra, llevando delante 22 piezas de artillería, con más de 6.000 que traían en hombros los cañones; luego fueron entrando los Capitanes con sus Compañías en orden y luego seguía Pizarro en un hermoso caballo con la cota de malla y encima una ropeta de tela de oro; detrás venían Capitanes con estandartes de las Armas Reales, las del Cuzco y las de Pizarro, y tras ellos toda la Caballería. En la Plaza ordenó su escuadrón. Esta entrada fué en 28 de junio de 1544. Todos los leales que de Chuquisaca, Cuzco y Arequipa habían venido a Lima a seguir el Estandarte Real, se volvieron por caminos extraviados, y se ocultaron entre los Indios alzados, fiando más en la piedad de unos gentiles que de la compasión de los traidores cristianos; pues por sólo decir D. Gómez de Luna que no justificaba Pizarro su Gobierno y que era vasallo del Rey, le dio garrote; y como en todos los pueblos de arriba tuviese Pizarro puestas justicias de su mano, todos los moradores experimentaron muchas tiranías; en Chuquisaca cortaron la cabeza a Francisco de Almenares, porque defendió la parte del Rey; y lo mismo hicieron con otros muchos; ahorcó a muchos leales que trataron de matarlo, y juntó a su devoción más de 400 soldados de los que el Rey enviaba de España.

En este tiempo estaban los Charcas oprimidos, y mataron los leales (siendo su caudillo Diego Centeno) al corregidor de Pizarro, Francisco Almendras; de Arequipa le envió el Corregidor a Pizarro, 100.000 pesos. Lope de Mendoza salió de Chuquisaca, y fué sujetando al Rey las Provincias del Callao y Arequipa, porque huyeron el Corregidor y algunos de su bando; Diego Centeno fué (a) la vuelta de Chuquito, juntóse a Lope de Mendoza y gastó Centeno gran número de hacienda en armas, soldados y bastimientos; Alonso Toro, Corregidor del Cuzco puesto

por Pizarro, hizo 300 hombres, y fué contra Centeno; éste y Mendoza se retiraron ayudados de los Indios.

Llegó a tan triste estado el Perú como estuvo Roma en tiempo de Tiberio, que aun el hablar les estaba vedado; y así fué; pues si las conversaciones no eran a favor de Pizarro, y era sabido por los tiranos, perdían las vidas.. Por el mes de marzo de 1546 se hallaba en Potosí Francisco Centeno, deudo muy cercano de los dos Centenos, Capitanes leales, que de los Charcas, donde estaban juntando fuerzas para resistir a Carbajal, lo habían enviado a que trajese plata del Cerro. Estando un día Francisco Centeno en conversación ,con algunos extremeños, dijo que si se hallara con 200 hombres escogidos, matara a Pizarro y a Carbajal. Oídas estas razones por Alonso Márquez, Fernando Montero y Juan Fernández, apasionados de Pizarro, se indignaron contra Centeno, y pasaron tan adelante que sacando las espadas acometieron a matarlo; al punto se le pusieron al lado de Centeno muchos leales aclamando al Rey con sus espadas, y se comenzó una brava pendencia. Hirieron en ella a Centeno, a Medina y a otros que defendían la parte del Rey. Dividiéronse los nuevos pobladores en bandos: Francisco Centeno con los leales seguían la parte del Rey; Alonso Márquez ,con otros, la de Pizarro; y tuvieron un encuentro en el que mataron a Márquez y a otros; de la parte de Centeno murieron dos. Muerto Márquez, entró en su lugar Severino Márquez, su hermano, el cual, dos días antes del encuentro, era venido a esta Villa, y envió a Pizarro un correo noticiándole lo acaecido, y que Francisco Centeno había embargado toda la plata que se tenía sacada de la mina descubridora, donde estaba interesado Hernán Pizarro su hermano, y que más de cien hombres estaban de parte del Rey, con determinación de juntarse con Lope de Mendoza y Diego Centeno e ir a matarlo; y que como pudiese, y para evitar este mal, lo hiciese Corregidor de Potosí. Fué el correo y se vio primero con Carbajal, y aunque él le mandó que volviese a esta villa y la gobernase con el título que quisiese, cumpliendo con el orden de Severino, pasó a ver a Pizarro y lo encontró en el camino. Leyó las cartas y se indignó con los leales de Potosí; y dádole a Severino su corregimiento, le ordenó que si no se sujetasen todos a sus disposiciones, les quitasen las vidas. Mientras el Correo volvió, una noche el traidor Severino se fué con 50 hombres al cuartel de Centeno, y entraron sin poder defenderse con el repentino suceso; mataron a Marcelo Torres y a otros siete leales; escapó Centeno y los demás que allí estaban; quedó muy ufano el traidor; y la noche que llegó e( Co-

reco, estando recibiendo los parabienes, recibió también en su cuerpo dos balas de arcabuz y perdió la vida; porque Centeno y los leales, como hallaron ocasión de algún divertimento en la casa, entraron y lo mataron así a él como a otros doce hombres, y entre ellos al Correo. Los Indios del Repartimiento que labraban las minas del rico cerro, viendo a los Españoles en matarse unos a otros, se huyeron y quedó desamparado el Cerro; salieron los dueños en alcance de los Indios, y entre tanto Marcos Gutiérrez se juntó con los traidores que habían quedado y se apoderó de las casas desamparadas, robándolas y matando a cuantos las defendían. Centeno acudió con los suyos a reparar este daño; Gutiérrez se defendió entre unos edificios de piedras que estaban medio hechos, y de encima le tiró con una lanza a Centeno con la que le pasó un brazo; desmayaron con esto los leales y huyeron; salió Gutiérrez de entre sus paredes con solos 20 hombres que tenía, y mató a muchos de los que huían y robó otras muchas casas; hizo un escuadrón de más de 60 hombres necesitados, que de buena gana le siguieron, porque les prometió que si todos robasen, todos quedarían ricos y se retiraron a las antiguas caserías de Cantumarca desde donde hicieron muchos daños. Vueltos los Españoles que fueron en alcance de los Indios trayendo algunos, hallaron las nuevas averías; pasados algunos días. mejoró Centeno de su herida; y juntando hasta 200 hombres, bajó a Cantumarca, subióse Gutiérrez al Cerro de Guainacabra; no quiso seguirle Centeno, porque era peligrosa la subida, y con 12 arcabuceros que tenía Gutiérrez les hicieron muchos daños. Hallaron Centeno y los suyos parte de los robos, y porque no sirviese de más albergue a los tiranos aquellos ranchos, les dio fuego por todas partes. Era Gutiérrez de espíritu ariscado, y así animó a sus Soldados diciéndoles: Amigos: si no queréis morir a manos de éstos que se precian de leales, siendo más tiranos que todos, conviene que experimenten vuestro valor; y, pues, se han llevado lo que han robado, tornemos a quitárselo, y con eso nos iremos al Cuzco al amparo de Carbajal. Con esta determinación esperaron al día siguiente, y al amanecer bajaron al Pueblo; Centeno los recibió con sus bien ordenados escuadrones, que con ver tanta ventaja fué la determinación de Gutiérrez desesperada; y así dio la batalla animando a los suyos. Arremetieron éstos como leones, de suerte que se vio apretado Centeno, y se vino retirando desde el pueblo hasta el paraje que hoy llaman de S. Clemente: venciera sin duda Gutiérrez si de 80 hombres que tenía no se hubieran pasado a Centeno más de los 50, y esto en lo más vivo del encuentro; y quedando sólo con 26 hombres, con ellos se man-

## HISTORIA DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSÍ

tuvo un buen rato, cuanto bastó a comprar su muerte con precio de mucha sangre que hizo derramar a los contrarios, pues murieron 15 de ellos; y 10 de los suyos, porque se vieron heridos, se pasaron también a Centeno por no morir hechos pedazos. Cayó Gutiérrez de 28 heridas; llegóse a él Centeno y otros, y vieron que por peto se había puesto una gruesa y grande plancha de plata de la que había robado; quitáronse la del pecho y con ella le dieron en la cara diciéndole; hártate de plata; y así acabó su vida. Arrastraron su cuerpo hasta el pueblo, y muchos días estuvo sin sepultura.

## CAPITULO DECIMOTERCERO

EN QUE SE CONTINÚAN LAS TIRANÍAS DEL PERÚ Y  
DEMÁS CRUELDADES ACAECIDAS EN POTOSÍ

**D**EJEMOS a Francisco Carbajal en Arequipa, a quien después de haberla robado pasó al Cuzco por el mes de febrero del año de 1547; y lo primero que hizo en nuestra ciudad fué ahorcar cuatro hombres nobles por leales; robó también la ciudad, el oro y plata, armas y caballos. Encontróse con Diego Centeno, tiróle al tirano muchos arcabuzazos, y retiróse; fuéle siguiendo Carbajal, y cogiendo doce hombres de Centeno en Ayo Ayo al punto los ahorcó a los más sin confesión. Por las tierras de Cochabamba, Misque y Pocona andaba Lope de Mendoza por el Rey, y cogió el oro y plata de Carbajal; dióse una batalla, no venció ninguno por desviarlos la noche, aunque Lope de Mendoza por varios recelos se retiró a Pocona y a dos heridos que cogió Carbajal que le pedían confesión les dio garrote. Siguió a Lope de Mendoza y a los suyos, que alcanzándolos, yendo ya desbaratados, a todos dio garrote, sin que pudiese obligar a Mendoza en su prisión a que respondiese nada; porque dijo que ni al morir había de comunicar con un traidor. Llegó Carbajal a Chuquisaca; conjuráronse los leales para matarle; descubrióse el concierto, y él quitó la vida a diez, poniéndoles letreros a los pies que decían: POR LEALES. Volvió Carbajal adonde estaba

Pizarro, y juntos todos sus Capitanes aconsejó este tirano a Pizarro se coronase por Rey y repartiase la tierra con títulos de Duques, Marqueses y Condes, levantase Ordenes militares con nombres y apellidos de España; y así comenzó Pizarro a convocar el Reino para que las justicias le jurasen por Rey. Con esta resolución caminaba vuelta para la ciudad de Lima, donde le dejaremos por contar el efecto que tuvo la noticia que dieron al Emperador Diego Alvarez de Cueto, cuñado del Virrey, y Francisco Maldonado que, como queda dicho en el Capitulo pasado, fueron con la relación de los hechos del Perú; y por estar el Emperador muy ocupado en los negocios de Alemania, se detuvo el despacho largos días, hasta que se resolvió que viniese a este Perú el Licenciado Pedro de la Gasea, que a la sazón era del Consejo de aquella Inquisición, de quien se tenía gran satisfacción por la experiencia que se había adquirido de él en los negocios que se le habían fiado. Diósele título de Presidente de la Audiencia del Perú, con plenario poder para todo lo que tocase a la gobernación y pacificación de las alteraciones y comisiones, para perdonar todos los delitos; llevó consigo por Oidores al Licenciado Antonio de Ciaca y al Licenciado Rentería, con los despachos necesarios en caso que conviniese hacer güera; y con tanto se hizo a la vela, sin llevar más gentes que sus criados, por mayo de 1546; y llegando a Santa Marta tuvo aviso cómo Melchor Verdugo había sido vencido y desbaratado por la gente de Pedro Hinojosa, Capitán de Pizarro, y le estaba aguardando en el Puerto de Cartagena; y él determinó pasar a Nombre de Dios sin verse con él, considerando que si lo llevaba consigo causaría escándalo en la gente de Hinojosa, y podría ser que no lo recibiesen; y así fué a surgir en Nombre de Dios, donde Hinojosa había dejado a Hernán Mejía con 180 hombres que guardasen la tierra contra el Melchor Verdugo. El Presidente hizo saltar en tierra al mariscal Alonso de Alvarado, que desde España vino con él y habló a Hernán Mejía y le dio noticia de la venida del Presidente, diciendo quién era; el Mariscal se volvió a la mar y Hernán Mejía volvió a pedir al Presidente que saltase en tierra, y así lo hizo; y Hernán Mejía se salió a recibir en una fragrata con 20 arcabuceros, dejando su escuadrón hecho en la Marina; y salió en el batel del Presidente y le trajo a tierra, donde se hizo muy gran salva, y hablándose en particular Hernán Mejía le descubrió su pecho y el deseo que tenía de servir a S. M. y que estaba muy gozoso de su venida; y por ser ocasión que tenía allí mucha gente de Pizarro, él solo era Capitán de ella y con facilidad la reduciría, y que entendía que sabida su venida y las particularidades de ella, Hinojosa y los de

más Capitanes harían lo mismo sin contradicción alguna. El Presidente se lo agradeció mucho y acordaron guardar secreto por entonces, sin querer hacer novedad alguna. Supo Pedro Alonso Hinojosa, General de Pizarro, el recibimiento que Hernán de Mejía había hecho al Presidente, y enojóse porque no sabía el despacho que traía; y finalmente el Presidente se hubo con tanta prudencia con éstos y otros Capitanes, que sin saber unos de otros les ganó las voluntades. Valióle mucho la buena crianza de que usaba y también la autoridad del Mariscal Alonso de Alvarado. No se declaró luego Hinojosa, antes envió a avisar de la venida del Presidente a Gonzalo Pizarro, y había pareceres y avisaron a Pizarro que no le convenía que el Presidente entrase en el Perú. Procuraba cuanto podía el Presidente ganar a Hinojosa, alcanzando de él que fuese uno de los que con él venían de Castilla con cartas a Pizarro; era una carta del Emperador y otra del Presidente para Pizarro, en que con mucha blandura trataba el Emperador a Pizarro y le manda reciba al Presidente y le dé favor; y la del Presidente la más cortés del mundo. Llevó estas cartas Pedro Hernández Panlagua, natural de Plasencia, y partió con ellas de Panamá en 26 de septiembre de 1546.

Alteróse mucho Pizarro con la venida del Presidente, y comunicádolo con sus Capitanes hubo entre ellos diversos pareceres; unos querían que pública o encubiertamente lo matasen; otros, que le trajesen al Perú y que allí sería fácil hacer de él lo que quisiesen; otros, que lo pusiesen en alguna Isla con soldados de confianza y que se juntasen en las ciudades y se enviasen Procuradores a Castilla para pedir confirmación de lo que pedían y que se diese el Gobierno del Perú a Pizarro.

Poco antes que Pedro Hernán Paniagua llegase a la presencia de Pizarro con las cartas del Emperador y Presidente, entró en la Ciudad de Lima Pizarro triunfante en medio de los Obispos de Lima, Cuzco, Quito y Santa Fe. Renováronse los pareceres y a ninguno se determinaban, aunque allí dio Pizarro orden para que las Justicias de Panamá diesen muerte con tósigo al Presidente. Hizo Junta de obispos, prelados de religiones, clérigos, cabildos y caballeros para ver si se coronaría; acordóse en la junta que se deje él coronarse hasta que se juntasen los Corregidores. Envióles a llamar, y por extraviar su ambición determinan que vayan dos sacerdotes seculares al Emperador a instarle que le nombre por Gobernador, y tres Eclesiásticos a negociar con el Papa le diese la investidura de Rey del Perú. Convocó Pizarro a todas las Justicias y Prelados para coronarse per

Rey, y ya se congregaban. Llegaron a Panamá los obispos y dieron grande relación al Presidente y se le ofrecieron, sintiendo mucho de lo que Pizarro y los suyos hacían en el Reino; se juntó con Hernando Mejía y apretaron a Hinojosa para que se pasase al servicio de S. M., quien lo hubo de hacer, y se hizo reseña de toda la Armada y se entregó al Presidente; hicieron todos pleito homenaje de le seguir y servir a su Rey, y el Presidente recibió las Banderas y las dio a todos los Capitanes que antes las obtenían, y el oficio de General a Hinojosa en nombre de S. M., y embarcáronse todos, que serían como 300; y los obispos que iban con el Presidente, digo con el Provincial, por Embajadores a Castilla se volvieron con ellos para dar el favor que pudiesen; y el Presidente envió a la Nueva España y a otras partes pidiendo socorro. Quisieron los de la Armada llegar al Puerto de los Reyes sin ser sentidos, por lo mucho que importaba tomar de sobresalto a Pizarro, si bien no se pudo hacer.

Pedro Hernán Panlagua, que trajo los despachos que dije, llegó al Perú cuando Pizarro esperaba saber lo que había en Panamá. A mediados de enero de 1547 lleváronle medio preso a Pizarro, mandáronle so pena de la vida que no abriese la boca, dióle Pizarro audiencia delante de sus Capitanes y amigos, y que hablase libremente; con condición de que, si salido de allí, decía palabra, le costaría la vida; hubo pareceres que lo matasen, y otros muy desacatados y de peligrosa resolución. Envío Pizarro a llamar a Carbajal y que trajese toda la plata y oro, armas y gente que tuviese; y esto sin saber la entrega de la Armada que se había hecho en Panamá por Hinojosa al Presidente, la cual llegó después al Puerto de Trujillo y allí la recibió Diego de Mora, reduciéndose con otros al servicio de S. M. Supo ya Pizarro cómo tenía perdida la Armada, y que no tenía la seguridad que pensaba; y así nombró nuevos Capitanes y les repartió la gente; tocáronse a tambores y dieron pregones para que todos los vecinos de los Reyes se pusiesen debajo de Banderas, y fuesen a recibir pagas so pena de la vida; diéronles dinero largamente a los Capitanes para hacer gente, y en los Pendones sacaban letras y cifras que decían el nombre de Pizarro; hizo mercedes y largas pagas en la Reseña General, y halló en ella 1.000 hombres tan bien armados y aderezados como se podían hallar en Italia; había mucha cantidad de pólvora; mandó que todos los soldados se pusiesen a caballo; gastó en todos estos aparatos más de 500.000 castellanos de oro. Era, como hasta allí, Maestro de Campo Carbajal; despachó algunos Capitanes a recoger la gente que había en Quito, Arequipa, Cuzco, Gua-

manga y los Charcas, con las armas y caballos que pudiesen haber; justificaba estos hechos Pizarro con las razones más coloradas, y echaba la culpa de la guerra al Presidente; tratóse que el Licenciado Carbajal fuese a correr la Costa con gente de guerra, y no se hizo porque fiaba poco de él; y ya de todos se rebelaba Pizarro, como es ordinario en los que hacen mal; mandó que todos los vecinos de la Ciudad de los Reyes jurasen de seguirle y no desampararle; haciéndoles razonamientos muy justificados de las causas y motivos que tenía para resistirle al Presidente y hacerle guerra.

Por el mes de marzo de 1547, habiendo despachado Pizarro varios Capitanes a recoger gente, llegó a Chuquisaca Alonso de Urbina, que era uno de ellos, y como no hallase allí buen pasaje por los muchos leales que había, pasó al asiento de Porco donde halló más de 100 hombres aficionados de Pizarro, los cuales, como ricos con la plata de aquellas minas, tenían mucha prevención de armas y caballos para ir a servir a Pizarro. Hízose Urbina Capitán de todos ellos y acordóse venir a Potosí, convocar gente y llevar toda la plata que hallasen; escribió a sus moradores una carta dándoles a entender los motivos de su venida, y que por haberse coronado el Gobernador don Gonzalo Pizarro por Rey del Perú, venía por su orden a dar esta noticia y hallarse en la jura que todos habían de hacer de su nuevo Rey. Estos y otros desatinos escribió este traidor a los vecinos de Potosí, quienes, como los más eran leales, recibieron con grande escándalo y no sabían discurrir cómo se hubiese ejecutado tan grande maldad; faltaba en esta Villa Francisco Centeno que, como tan leal, se había opuesto a las rebeliones pasadas, y era vuelto de viaje el Capitán Juan de Villarroel que había ido a pacificar las Provincias de Pilaya y Paspaya; el cual, informado de todo lo pasado y viendo la maldad presente, tomó a su cargo oponerse a los traidores que nuevamente procuraban infestar su amada población, y así respondió a la carta de Urbina conforme merecía, diciéndole ser un traidor enviado por otro tal, y que al punto se fuese de aquel asiento si no quería experimentar el castigo de su atrevimiento. Culpan al Capitán Villarroel Acosta y Pasquier de imprudente en este caso, pues &in estar prevenido respondió a Urbina tan resuelto, que fué causa de que se experimentase tan grande estrago en los moradores de Potosí, aunque después pagaron con la vida los traidores. Viendo, pues, Urbina la respuesta y sabiendo que no tenían otras armas los de esta Villa que sólo sus espadas, tomando treinta caballos y cincuenta arcabuceros y cuarenta piqueros, en menos de veinte y

cuatro horas se puso sobre esta villa; y entrando por las ruinas de Cantumarca a la nueva población, dieron fuego por las cuatro partes a las pajizas casas. Alborotáronse los moradores, huyeron unos por el Cerro; otros, con más honra aún que temerariamente, se opusieron con solas espadas y rodela a los traidores; y como era tanta la ventaja de éstos, en breves horas mataron a don Alberto de Albaros, Don Juan Abreiro y otros cuyos nombres se ignoran; mataron también más de ochenta Indios que con solos palos y piedras defendían a sus amos; quedaron heridos el Capitán Villaroel con otros veinte que huyendo escaparon las vidas; desamparada esta villa de los pocos Españoles que quedaron, robaron la mayor parte de las casas a vista de algunas mujeres castellanas y peruanas que había; también robaron la plata que pertenecía al Real quinto, que uno y otro pasaron de 2 millones, y se fueron a los valles de Mataka. Hallábanse en esta villa en la ocasión 14.000 habitantes: los 2.000 españoles y los demás Indios; y por sólo la ventaja de armas y caballos se vieron deshechos. Pasados algunos días sanó de sus heridas el Capitán Villarroel, y juntando a todos los moradores que andaban escondidos, los animó, escribió a los leales de Chuquisaca y demás que moraban en los contornos de Potosí, pidiéndoles favor, y muchos acudieron con arcabuces, escopetas, picas y otras armas; con esto se previnieron para ir en alcance de Urbina, el que vino segunda vez a esta villa con ánimo de arruinarla; una legua antes de llegar supo cómo los moradores estaban en arma, por lo cual con su gente se entró en una Quebrada que hoy se llama Jesús Valle; aquí se fortaleció Urbina más por conservar lo robado y por servir a Pizarro, de donde con sus caballos por espacio de cuatro meses dio tanto horror a los de esta Villa que no tuvieron una hora de quietud, pues a todas se vían con peligro de ser despedazados; y llegó a tanto que se suspendió la labranza de Minas, y aun se pensó en desamparar el Pueblo.

Finalmente, hallándose el Capitán Villarroel en el último punto de necesidad, determinó en una sola batalla dar fin a tanta desventura. Para esto se juntaron en su casa muchos soldados castellanos que se habían hallado en varias guerras con los indios y en las batallas que tuvieron Pizarro y Almagro, y juntos todos se trató el modo que se había de tener para echar al enemigo. Eligieron por general a Pedro Gómez, por estar Villarroel no del todo sano. Gómez se hizo cargo de 200 españoles, treinta caballos y 3.000 Indios, y lo primero que hizo fué enviar algunos indios a reconocer qué gente tenía Urbina, y ha-

liaron que se componía su campo de 200 infantes españoles, 50 caballos y 5.000 indios; 80 arcabuces, 100 picas y 20 escopetas, 2 tiros pequeños y muchas pistolas. Los de Pedro Gómez Zagal no tenían más que 20 arcabuceros, 30 picas y algunas pistolas, que más no se pudo hallar; pero la astucia del General Pedro Gómez hizo que para espanto de los enemigos se labrase de un formidable soto a manera de artillería cubierta por encima con metal soroche y pavonada; y aunque estaba hueca como cañón se cargó de pólvora y no advirtiéndolo en ponerle abrasadoras de hierro para que resistiese el primer tiro; pero como sólo era para poner espanto no procuraron más que lo vieses de distancia los traidores. El martes 11 de agosto de 1547 caminaron el General y capitanes con sus soldados y su admirable pieza a la quebrada donde estaba Urbina, quien y los de su compañía creyeron que la pieza fuese traída de la Ciudad de los Reyes donde sólo había artillería, y a la sazón caminaron con ella hasta el pie de la Cuesta, y estando en ella vinieron de la parte del enemigo 30 arcabuceros y mataron de alto abajo catorce indios que apiñados con gran fatiga con otros subían el fingido cañón; mataron cuatro españoles; y si los caballos de Pedro Gómez no subieran aprisa y desbarataran los arcabuceros, fueran más (os que murieran al rigor de las balas. Soltaron los indios con el temor la fingida pieza, y trastornándose se quebró una rueda, y rodando el tronco mató seis indios; detúvose en una concavidad de adonde con gran trabajo la sacaron, y con mayor la acabaron de subir; alojáronse aquella noche al pie de un cerrillo. Pasóse a los leales Francisco Delgadillo y dióles noticia de la turbación en el campo de Urbina. Miércoles al amanecer se levantó el campo de Urbina de donde estaba, y retiráronse un cuarto de legua más arriba; los leales se estuvieron quedos todo aquel día, hasta ver en qué forma se ponían los traidores; fueron a reconocer los caballos de Pedro Gómez, que eran 30, y salieron al encuentro los 50 de Urbina, con quienes se trabó a las 4 de la tarde una sangrienta escaramuza; y por ser de más experiencia los de Urbina mataron 10 de los leales; huyeron los 20 hasta llegar al Real, y aunque venían en su alcance los de Urbina huyeron a un arroyo por temor de la pieza. El general Pedro Gómez Zagal los animaba con razones; aquella noche volvió a salir en su encañada el enemigo y se puso a vista de los leales. Jueves, al romper el día, como viese el general Pedro Gómez la forma del campo enemigo, salió con el suyo a lo más llano de la quebrada; puso en medio aquella gran pieza, cercándola de 2.000 indios y otros mil en la retaguardia; a los lados con cada 10 caballos puso 100 españoles en forma pro-

longada, por no dar lugar a otra cosa lo angosto de su sitio; iba la pieza cargada con dos pelotas de piedra solamente para atemorizar a los enemigos con el estruendo de la pólvora; pero se dispuso de suerte que no sólo estos dos instrumentos hicieron daño, mas también el tronco deshecho en menudas piezas sirvieron de puñales para herir a los enemigos; finalmente, dióse batalla a las ocho del día; pelearon los leales y sus capitanes con gran valor y los traidores se vieron como desesperados, los cuales viendo que aquella pieza no disparaba, acudieron a ganarla con mucha grita; diéronle fuego los indios, y al momento con grande estruendo se hizo millares de pedazos, matando las pelotas y astillas del tronco muchos españoles e indios que llegarían a 40. Los caballos y arcabuceros del general Pedro Gómez, que estaba a la mira, viendo el desorden que en los traidores hizo aquella pieza, los acometieron por todas partes y les mataron más de 60 españoles y 200 indios; huyeron los de a caballo y con ellos Urbina; siguióles el general Pedro Gómez con los caballos, algunos peones y sus indios; como sabían las salidas de aquella quebrada, en breve tiempo les salieron a los atajos en ocasión que ya entraban en Carachipampa; allí los entretuvieron tirándoles dardos y piedras, matando algunos, hasta que llegaron los leales y mataron a 30 españoles y muchos indios: Urbina, que por escaparse había tomado una gran cuesta, a la mitad de ella se le cansó el caballo, de modo que no pudiendo dar p

mataron, y trajeron arrastrando su cuerpo largo trecho y lo entregaron a los españoles; los cuales lo llevaron ante el general, el cual mandó los pasasen al pueblo donde, colgado en una horca de los pies, estuvo muchos días sin sepultura, expuesto al escarnio de los indios y gente de servicio; algunos caballos de este traidor se escaparon; murieron 120 españoles y muchos indios bár

hasta 20, y ésta es la quebrada que cuentan en sus historias Acosta, Méndez, Dueñas, y el poeta Juan Sobrino la canta con elegancia en sus octavas.

## CAPITULO DECIMOCUARTO

LLEGA AL PERÚ EL PRESIDENTE PEDRO DE LA GASCA Y  
FORMA EJERCITO CONTRA PIZARRO

**P**OR marzo de 1547, estando Gonzalo Pizarro en la Ciudad de los Reyes tuvo aviso que Lorenzo de Aldana era llegado con unos navios a un puerto 15 leguas del Callao, y acordóse salir de la ciudad con toda su gente e irse a poner cerca de la mar, temiendo que si los navios llegaban al Puerto habría gran turbación en aquella ciudad, que tendrían lugar, los que quisiesen, de ir a embarcarse, y así se hizo, pregonando, so pena de la vida, que ninguno que pudiese tomar armas quedase en la ciudad, con lo cual había en ella tanta turbación que no se entendían los unos a los otros. Descubriéronse otro día tres velas en el puerto; salió Pizarro con su gente y púsose en medio del camino entre la ciudad y el puerto para quitar que ninguno de la ciudad pasase al puerto, ni del puerto a la ciudad; proveyó Pizarro que un Juan Hernández fuese en una balsa a los navios; y que dijese a Lorenzo de Aldana que le enviase una persona, y que él quedaría en rehenes para que se pudiesen entender y saber la razón de su venida; y como Juan Hernández pareció solo en la marina, vino el capitán Palomino en un batel por él y llevólo a la Capitana; y Lorenzo de Aldana oyó lo que decía Pizarro, y reteniendo a Hernández envió al capitán Peña y

Pizarro mandó que Peña no entrase en el Real hasta de noche, porque nadie le hablase; y entrando le dio el poder del Presidente y del perdón general que el Emperador hacía, y dijo de palabra lo mucho que aquel Reino ganaba en obedecer a su Rey. A lo cual respondió Pizarro que haría cuartos a cuantos venían en la armada y castigaría al Presidente por su atrevimiento en detenerle a los embajadores que enviaba a S. M., y la traición que Lorenzo de Aldana le había hecho. Esto dijo a los capitanes que estaban delante; mas Peña no dio oídos a esto, antes se enojo mucho de que se lo hubiese dicho, y así se volvió a la mar. Viendo Lorenzo de Aldana que el buen suceso estaba en que los soldados supiesen el perdón y merced que S. M. hacía a todos, procuró ganar a Juan Hernández, y que él lo hiciese con una cautela tan discreta como peligrosa; y fué que Lorenzo de Aldana le dio todos los despachos duplicados y cartas para algunas personas señaladas; y escondiendo las unas en las botas, trajo las otras a Pizarro, y tomándole aparte le dijo cómo Aldana le había persuadido que publicase el perdón en el campo, y que había tomado aquellos despachos lo uno por entretener a Aldana, lo otro porque viesen el trato de dicho que traía. Pizarro le agradeció el aviso, y concibió de él gran crédito, y lo mismo de las cartas; luego Juan Hernández dio algunas de ellas, e hizo perdidas otras, de manera que vinieron a poder de sus dueños. Por esta buena diligencia comenzaron a irsele a Pizarro algunos de los principales; si bien él hizo diligencia por cogerlos para ajusticiarlos, no le valieron todo lo que había menester, y los que le dejaban eran los más y mejores. Llegó a tanto que a vista de Gonzalo Pizarro se le fueron dos de a caballo, diciendo a voces que Gonzalo Pizarro era tirano; aquí fue donde su maestro de campo Francisco Carbajal, dijo: Estos mis cabellicos, madre, dos a dos se los lleva el aire. Y a Pizarro: Sentía su perdición. Y comenzó a marchar la vía de Arequipa. Alzóse la Ciudad de los Reyes por S. M., pregonando públicamente con el perdón Real las provisiones que traía el Presidente; llamó Pizarro al capitán Juan de Acosta quien fué al Cuzco y de allí a Arequipa, donde se juntó con Pizarro; el cual estaba ya tan deshecho que, habiendo tenido poco antes 1.500 hombres, no tenía ya más de 400. Hacíale cargo a Pizarro su maestro de campo afeándole no haber tomado su consejo en los casos que se lo había dado; y como Pizarro se disculpaba con que traidoramente todos le faltaban al juramento de fidelidad, dio Carbajal en haber a sus manos a los que se iban y ahorcó a algunos que alcanzó, como un cruel y fiero bárbaro. Andaba este inicuo hombre de un pueblo a otro, de unos caminos en otros derraman-

do en todas partes sangre de leales, sin que los muchos años de su edad, que pasaban de 80, le cansasen ni impidiesen su fiereza; prendió a un clérigo, llamado Márquez, porque era leal, y le dio por oficio hacer crines y colas a los caballos. El capitán Diego Centeno salió de la cueva donde con ejemplo de leales no quiso ni aun con simulación parecer traidor; juntó 48 hombres, y con ellos acometió al Cuzco, resistiéndole la justicia que allí había puesto Pizarro; entró venciendo, quedando el Cuzco por el Rey, y salió Centeno de allí agregando gente con 400 hombres: Arequipa defendió la voz del Rey dando muerte a los que allí había puesto Pizarro.

Habíase ya embarcado el Presidente en Panamá con el resto de su ejército muy bien proveído de armas y bastimentos; traía hasta 500 hombres; aportó al puerto de Tumbes a 29 de junio de 1547; en saltando en tierra todos le escribieron ofreciéndose a su servicio, y así avisó a la Nueva España, Guatimala, Nicaragua y Santo Domingo, dando cuenta del buen suceso de sus negocios y que no había menester sus ayudas; proveyó que Hinojosa, su general, caminase con toda la gente hasta juntarse con sus capitanes, que residían en Cajamarca, para que todos hiciesen un cuerpo, y que Pablo de Meneses fuese con la armada a Trujillo determinando no entrar en la Ciudad de los Reyes hasta dar fin a esta empresa; y mandó que todos los que estaban por S. M. se juntasen con él en el Valle de Xauja donde había abundancia de bastimentos; y así caminó con más de 1.000 hombres de guerra con gran gozo, esperando verse libres, de la tiranía de Pizarro. El capitán Diego Centeno iba creciendo en gente y traía en su ejército al obispo de Cuzco, D. F. Fuan de Solano y otros Religiosos de su convento y clérigos. Ahora, pues, cuando Pizarro iba tan de caída, se topó con él; procuró ganarle por bien, ofreciéndole buena partida; no le valió, y un día que se encontraron en el pueblo de Guarina, tenía Diego Centeno más de 1.500 hombres; Pizarro llevaba 300 arcabuceros muy diestros y 80 caballos; los demás hasta 500 eran piqueros; al fin rompieron los unos con los otros, y por ser tan diestro Carbajal, si bien eran la mitad menos, Diego Centeno y los suyos fueron vencidos, muriendo de su parte más de 600 y de la de Pizarro 100; valióles el saco más de un millón y quinientos mil pesos; Carbajal procuró coger al obispo para matarlo, y ahorcó a un religioso. Supo el Presidente la rota de Centeno; y si bien la disimuló, sintióla mucho, y comenzó a dar prisa para que se juntase su gente; mandó venir la que había en los Reyes; fué maestro de campo el mariscal Alonso de Alvarado, y el licenciado Benito de Carbajal alférez general y Pedro de Villavicencio sargen-

to mayor, y por capitanes de gentes de a caballo D. Pedro de Cabrera y Gómez de Alvarado y Juan de Saavedra, los más leales servidores de S. M. En la última reseña se hallaron 700 arcabuceros y 400 caballos y después se le fueron juntando hasta llegar a número de 1.500 hombres de pelea, y así salió al Campo de Xauja a 25 de diciembre de este año de 1547. Caminando en buena orden la vía del Cuzco en demanda de Pizarro, llegó al campo el capitán Pedro de Valdivia, que habiendo venido del Reino de Chile a la Ciudad de los Reyes y sabiendo el estado de las cosas, fué luego en seguimiento del Presidente para servir su Majestad; y con su llegada cobraron mucho ánimo todos porque los había espantado la victoria que Pizarro, por la grande inteligencia de su maestro de campo Carbajal, había alcanzado; y cierto lo temían, y en estas Indias no había quien se le osase oponer ni igualar como Pedro de Valdivia; el cual, en llegando, comenzó a entender con los demás capitanes en las cosas de la guerra. Llegaron a Andaguillas, donde se detuvieron casi todo el invierno, que fué recio, por lo mucho que de día y de noche llovía, y enfermaron más de 400, a los cuales curaron con mucho cuidado. Luego que comenzó a abrir la primavera del año de 1548, salieron de Andaguillas y fueron a ponerse veinte leguas del Cuzco, y esperaron a que se hiciera un puente para pasar el río Apurima, doce leguas del Cuzco; habían los enemigos quebrado todos los puentes de aquel río, de suerte que parecía cosa muy imposible poderlo pasar, si no rodeaban más de 70 leguas, y así procuraron hacer los puentes, y con harto trabajo, miedo y peligro y pérdida de caballos pasaron el río. Envió el Presidente a don Juan de Sandoval, caballero de estima por su valor, con una banda de caballos a descubrir el campo del contrario, y corrieron más de tres leguas sin encontrar hombre de Pizarro; pasóse al campo del Presidente Juan Núñez de Prado, natural de Badajoz; y éste fué el que le dio aviso de todo lo que había en el campo de Pizarro, y que Acosta venía con más de 300 arcabuceros a embarazarles el paso. Por estas nuevas mandó el Presidente que marchasen más de 900 soldados bien armados, y como Acosta vio tanta pujanza retiróse avisando a Pizarro lo que pasaba. Subió el Presidente con su gente a una gran Sierra más de legua y media, y descansó allí tres días. Viéndose Gonzalo Pizarro en tanta manera y por todas partes el punto tan apretado, envió a requerir al Presidente que no pasase adelante y que suspendiese las armas hasta que se supiese lo que el Emperador mandaba. Envió asimismo a hacer grandes ofertas a Hinojosa y Alonso de Alvarado, y que se juntasen con él.

El Presidente escribió a Pizarro persuadiéndole que se redujese, y haciéndole muy buenas partidas, y enviábale el traslado del perdón de su Majestad, y esto hizo muchas veces en todo este camino, dando los despachos a los corredores para que topando a los de Pizarro se los diesen; y como Pizarro supo que el Presidente había pasado el río y tomando lo alto de la cuesta, salió del Cuzco con 900 infantes y caballos, los 550 arcabuceros y seis piezas de artillería, y púsose en Xaquixaguana, cinco leguas del Cuzco en un llano, al pie del camino por donde el Real del Presidente había de pasar bajando la sierra, y asentó el campo en un lugar tan fuerte que no le podían acometer sino por una ladera angosta que delante de sí tenía, teniendo a un lado de sí el río y la ciénaga, a otro la montaña, y por las espaldas una honda quebrada. Y desde allí, dos o tres días antes que la batalla se diese, salían a escaramucear los más valientes; y en pasando el Presidente cori su campo a alojarse, salió Pizarro con su gente en escuadrones, sacadas sus mangas de arcabuceros y en orden para dar batalla, y comenzó a disparar la artillería y arcabuces para que sus contrarios lo oyesen y vieses. Quisiera el Presidente diferir la batalla con esperanzas de que se le pasarían muchos; mas no le daba lugar su alojamiento y falta de comida y por el gran hielo y frío que hacía, y ni aun tenía leña para remediarlo, y también les faltaba el agua, y las cuales faltas no sentía Pizarro; y su meastro de campo y el dicho quisieran acometer aquella noche secretamente el Real del Presidente por tres partes, que hicieran una buena suerte; no lo hicieron porque se les huyó un soldado llamado Nava, y así entendieron que los avisaría. Este Nava y Juan Núñez Prado aconsejaron al Presidente que se detuviese en dar batalla, porque de la gente que andaba con Pizarro se le pasaría mucha, particularmente los que habían escapado de la rota de Centeno, que los traía medio forzados; y habiendo bajado la cuesta, si bien con trabajo, se pusieron en orden y se pasaron algunos al campo del Presidente, como fué el licenciado Cepeda, oidor que había sido, Garcilaso de la Vega y otros muchos. Pizarro se estaba parado con su campo, creyendo que sus contrarios se le habían de meter en las manos como lo hicieron en Guarina. El general Hinojosa caminó con su campo, paso a paso hasta ponerse en un sitio bajo a tiro de arcabuz del enemigo, donde la artillería no le podía coger. Ibanse muchos del bando de Pizarro y rogaban al Presidente y sus capitanes que se detuviesen, porque sin riesgo de batalla desharían al enemigo; y estando en esto, una manga de arcabuceros, como treinta, del escuadrón de Pizarro, se pasó como los demás, y luego comenzaron a desbaratarse

los escuadrones y por enviar tras ellos, huyendo unos para el Cuzco y otros hacia el Presidente, y algunos ni tuvieron ánimo para huir ni para pelear. Y viendo esto Gonzalo Pizarro dijo: Pues todos se van al Rey, yo también; aunque fué público que Juan de Acosta, su capitán, dijo: Señor, demos en ellos, muramos como romanos. A lo cual dicen que respondió Pizarro: Mejor es morir como cristianos. Y viendo cerca del sargento Villavicencio y sabiendo quién era, se le rindió y le entregó un estoque que traía en el ristre, porque había quebrado la lanza en su misma gente que se le huía. Fué llevado al Presidente y habló con alguna libertad; entregáronle a Diego Centeno que lo guardase, y luego fueron presos todos los capitanes, y el maestro de campo Carbajal huyó; y pensando escaparse aquella noche, escondiéndose en unos cañaverales, se le metió el caballo en un pantano donde sus mismos soldados lo prendieron y le trajeron al Presidente, a donde sus contrarios le hicieron muy malos tratamientos; siguieron el alcance, saquearon el Real donde se hicieron ricos, pues pasaron de catorce millones en oro y plata los que allí tenía Pizarro. Otro día después de vencido y desbaratado Pizarro, el Presidente cometió el castigo de él y de los demás al licenciado Cianea, oidor, y a Alonso de Alvarado como maestro de campo suyo; los cuales procedieron contra Pizarro por sola su confesión, atenta la notoriedad del hecho, y le condenaron a que le fuese cortada la cabeza y que se pudiese colgada en una ventana que para ello se hizo en el Rolla público de la Ciudad de los Reyes, cubierta con una red de fierro y un rótulo que decía: Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro, que se levantó en el Perú contra su Majestad y dio batalla contra su estandarte Real en el Valle de Xauja. Confiscáronle los bienes y derribáronle y sembraron de sal las casas que tenía en el Cuzco, poniendo en el solar un padrón con el mismo padrón. Murió como buen cristiano, ejecutándosele la sentencia aquel mismo día, que fué martes, un día después de la batalla (correspondiente al del Virrey Blazco Núñez Vela), que se contaron 10 de abril del año de 1548. Enterraron el cuerpo en el Cuzco muy hondamente. Llevóse la cabeza a la Ciudad de los Reyes para cumplir lo que la sentencia mandaba. Francisco Carbajal, aun estando ya para ser ajusticiado, no dejó sus agudezas y dichos celebrados; pues, como cuentan varios escritores, el día que fué preso se llegó a él Diego Centeno, y con palabras imperiosas le preguntó si le conocía; a lo que respondió Carbajal diciendo que no le conocía, porque siempre lo había visto por detrás. Finalmente, fué arrastrado y descuartizado al segundo día de su prisión, y dicen algunos que a fuerza de

ruegos se confesó y que decía que él se entendía y que ya estaba confesado, y así murió diciendo gracias, que en tales trances no hay para que sean buenas. Fueron ahorcados otros ocho o nueve capitanes, y después se hicieron otras justicias como iban precediendo. Dióse en este memorable Reino esta batalla, lunes de Quasimodo, que fué a 9 de abril de 1548. Hizo el Presidente un solemne perdón, en favor de todos los que en esta batalla se habían hallado acompañando al Estandarte Real, de todos y cualquier delitos que hasta aquel día hubiesen cometido. Repartió las tierras e indios de los que condenaron entre los que habían servido con lealtad. Señalóse en esta y otras muchas ocasiones contra Pizarro y sus secuaces Alonso de Sayas, natural de la ciudad de Ecija. Encomendóse a este caballero el repartimiento de Guaquí por sus servicios, que fueron particulares. Puso en orden todas las cosas del Reino, con admirable prudencia, con la cual y con sólo su bonete allanó un negocio de los más graves y dificultosos que se ofreció al Emperador en todo su tiempo. Donde parece cuánto más valen las letras que las armas, o la prudencia, o sabiduría que la fortaleza; por donde dijo el doctísimo Rey de Egipto, Trimegisto, que el varón sabio se hace señor de los astros. Asentadas, pues, las cosas de esta manera y después de haber fundado el Presidente la ciudad de La Paz (que es Chuquiago), dio la vuelta para España, comenzando a navegar por el mes de diciembre de 1549, llevando suyos hasta cinco millones de oro y plata, sin lo que dejó por faltar embarcación en que llevarlo. Pasó en Alemania a dar cuenta al Emperador de su muy feliz jomada, merecedora de muy grandes premios. Diósele por sus buenos servicios el obispado de Falencia y después le acrecentaron con el de Sigüenza; y según dicen algunos autores que conocieron al dicho Presidente Pedro de la Gasea, era su persona muy disimulada y de ruin gesto, mas su valor era grande, como aquí se ha dicho brevemente, y merece contarse entre los claros de España; y según autores graves, venía de la antiquísima familia noble y poderosa de los Gaseas romanos. Al licenciado Cristóbal Vaca de Castro, después que fué llamado a España, lo tuvieron preso en Arévalo y en otras partes; y después, constando de su inocencia y bondad, su Majestad le restituyó en su lugar en el consejo Real a donde residió muchos días, hasta que ya con la carga de sus muchos años no pudo sufrir la de los negocios y se recogió a hacer vida religiosa en el monasterio de San Agustín de Valladolid. El licenciado Cepeda, natural de Tordesillas, uno de los oidores que, como ya dijimos, vinieron con el Virrey Blazco Núñez, fué notable y señalado en

este Reino por lo mucho que acá valió y tuvo así en servicio de S. M. mientras estuvo en su libertad, como en compañía de Pizarro, después que se apoderó tiránicamente de él y de toda la tierra. Pasóse Cepeda (como atrás dije) al campo Imperial en el último artículo, cuando estaban los dos campos para darse la postrera batalla, y corrió peligro de muerte (según dicen algunos autores, aunque otros lo contradicen), porque Pizarro envió tras él y le dejaron por muerto los suyos en un pantano. Recibióle Gasea con grande amor, aunque después lo puso allá en España en la cárcel real, y fué acusado ante los Alcaldes del crimen. Defendióse Cepeda con muchas y con muy vivas razones y según el sabía bien disputar; túvose creído que saliera de la prisión con su honor; pero por haberse muerto de su enfermedad en la cárcel de Valladolid, se quedó indecisa su causa. Autor grave dice que hubo en su poder una elegantísima información de Derecho, que tenía hecha en su defensa, que cierto dice quien la viera no podría dejar de descargarle y tenerle por leal servidor a su Majestad. Fué finalmente más felice de ingenio que dichoso en el suceso de sus cosas; porque habiendo tenido inestimable riqueza y honor grandísimo, se vido harto afligido y con necesidad en la cárcel. En este año de 1548 se continuaba la fundación de esta villa de Potosí, volviendo sus moradores a renovar sus edificios harto débiles que destruyó el traidor Alonso de Urbina; y estando con alguna perfección señalaron casas y barrios para cada una de las naciones que a la sazón asistían, que eran andaluces, extremeños, vascongados, portugueses y los españoles peruanos de varias provincias, como también de México, y así se hizo una famosa y nobilísima República, comenzando a intitularse la villa Imperial de Potosí, a devoción del Emperador Carlos V, en los principios de este mismo año; dicen conformes los que han escrito de esta villa, que se comenzó a fundar en ella la iglesia y el convento del gran patriarca San Francisco; fábrica en la oración humilde como su Dueño, aunque grande por los varones ilustres en virtudes que lo fundaron, como se cuenta en la corónica de la sagrada Religión de este Reino, que, acabada después, fué la primera en Potosí adonde se adoró al verdadero Dios. Quedó la iglesia muy corta de aquesta primera vez que se fabricó, hasta que, pasados algunos años, por el sitio del altar mayor se le agrandó una gran parte, y a los lados se hicieron unas capillas, con que se mejoró esta iglesia; y así sirvió hasta que tercera vez se tornó a agrandarse por el mismo lugar que la segunda vez; de suerte que quedó muy capaz. Asimismo en este año se comenzaron a obrar las iglesias de Santa Bárbara y San Lo-

renzo, y acabadas se constituyeron en parroquias de indios y fueron éstas las dos primeras de esta villa. Por el mes de noviembre de este año de 1548 hubo varios encuentros entre las naciones que de España estaban vecinadas en esta Imperial Villa, sobre haber atravesado los andaluces y extremeños el maíz y otros mantenimientos que los indios trajeron para el bien común, y reprehendiendo la acción los vascongados, portugueses y peruanos se indignaron los unos y los otros; y remitiéndolo a las armas, fueron muertos de una y otra parte más de cuarenta hombres, sin otros muchos heridos. Desde este sangriento suceso (como cuentan varios autores) se comenzaron en esta villa los bandos tan memorables entre las naciones sin que de allí adelante se experimentase más conformidad ni caridad; y así procuraba cada nación ir a los caminos y conducir a los barrios los mantenimientos y aun quitarlos por fuerza de los que menos podían, siendo esto causa de muchas muertes y calamidades.

## CAPITULO DECIMOQUINTO

DE LAS EXCELENCIAS QUE GOZA EL RICO CERRO DE  
POTOSÍ Y TESORO INACABABLE DE SUS  
PODEROSAS MINAS

**H**ABIENDO declarado en el primer Capítulo de este libro algunas de las excelencias que en sí mantiene el Rico Cerro de Potosí, conviene en este Capítulo adelantarlas para mayor ostentación de su grandeza; la cual, siendo tanta y tan incomparable, tengo por cierto no ser bastante mi pluma para manifestarla como se debe. Mas no por eso dejaré de referir lo que para su perfección le dio el Criador, como a tal obra de sus divinas y liberales manos, por lo cual se ve (este admirable monstruo de riqueza, cuerpo de tierra y alma de plata, Emperador de los cerros y Rey de los montes) en tanta alteza y estimación. Y dejando aparte su interior hermosura, que tanto deleita, aprovecha y abastece a los humanos, que se verá después, digo que la exterior es tan agradable a la vista que ninguno llega a verla sin que deje de causarle deleite y admiración, obligándoles a alabar al Criador, la especialidad de su bella forma, la cual (como queda dicho en el Capítulo primero de esta historia) es como la de un pan de azúcar o pabellón muy extendido, por la falda y altura de poco más de una legua, que la tiene desde el pie del cerro pequeño que llaman los indios

Guayna Potosí, que se interpreta Potosí el mozo, el cual nace del cuerpo grande y se dilata un gran espacio; pero mirado del pueblo parece estar pegado el uno al otro, y siendo de la misma forma el cerro grande quedan entreambos con muy buena perfección. Por lo más extendido de su falda tiene en círculo poco más de los (dos) leguas; su color es entre bermejo y pardo o rojo oscuro. Las vetas principales que se hallaron estaban levantadas sobre la superficie de la fiera, como riscos, las cuales son cinco, esto es, las principales, sin otros ramos y vetillas muchas que de ellas nacen. Estas cinco vetas se hicieron después bien conocidas por estos nombres: la de Estaño, la veta rica y flamencos; la de Centeno con la de Zúñiga; la de Antona y ciegos; la veta de Corpus Christi y la veta de Mendieta que son las vetas más antiguas de este rico Cerro. La mayor que se descubrió primero tenía trescientos pies de largo y trece de ancho, todo metal rico y la mayor parte de plata blanca y finísima, la cual se va cavando por espacio de 60 años. De todas estas principales vetas, vetillas y ramos, por más de mil y quinientas bocas (son otros muchos pozos y lumbreras), se han sacado, desde el felicísimo año de 1545 de su admirable invención, hasta el presente de 1705 (en que esto se escribe), trescientos mil y doscientos millones de pesos ensayados de a trece Reales y un cuartillo cada peso, que distribuidos en ciento sesenta años les viene a caer a cada uno veinte millones; y a este modo, en los dichos ciento sesenta años que se cuentan desde su descubrimiento hasta este ya dicho de 1705, ha dado cada día cincuenta y cuatro mil setecientos y noventa y cuatro pesos, cuatro Reales y poco más de cinco maravedís. Don Antonio de Acosta, en el capítulo 7<sup>o</sup> de su historia, dice que hasta su tiempo en espacio de 120 años se habían sacado de este rico cerro tres mil y diez millones, y siendo esto así son muy pocos los que ha dado en los cincuenta años siguientes hasta el presente. Y añade el dicho autor diciendo que después de haber sumado los Libros Reales y los de la Ribera y sacado la dicha cantidad de tres mil y veinte millones, le fué dada una memoria de un grandísimo número de marcos de plata que en aquellos tiempos se habían beneficiado en los trapiches (que este autor llama Ingenios de Viento), la cual, siendo difícil de ajustar por estar mezclada con el metal que se traía de Andacaba y otras minas del contorno sin haberse registrado para el quinto, no los incorporó a los sobredichos tres mil y veinte millones; y así dice este autor que añadiendo lo que se benefició del dicho cerro en los trapiches, crecería mucho más el número de millones. Bartolomé de Dueñas y Juan Sobrino, y si-

guiendo conforme a Don Juan Pasquier, sacaron igualmente esta cuenta no sólo por los Libros Reales y de los azogueros y trapiches, mas también se dieron tan buena maña que casi sacaron en limpio la crecidísima cantidad que en años habían llevado de extravío los mercaderes a España por el puerto de Buenos Aires; y así afirman que en espacio de 120 años había dado este rico cerro tres mil y treinta millones. Hay mucha dificultad en ajustar ciertamente y con fijeza los muchísimos marcos de plata que en pinas sin registrar ni pagar quinto de ellos van por Buenos Aires y otros puertos todos los años a España; Pedro Núñez de Camargo, vecino de Santiago de Cotagayta, pueblo puesto en el camino que va a Tucumán y Buenos Aires, curiosamente fué notando las partidas de pinas que por allí pasaban, y afirma que numerados los marcos, en espacio de 120 años que pudo ajustar con otros curiosos antiguos vecinos, llegaron a noventa millones de marcos, que a siete pesos que era su justo precio entonces suman quinientos ochenta millones. Otros vecinos de esta Villa Imperial han ajustado mayor cantidad y menos años; y según lo referido, juntándose a estos dichos marcos lo que desperdician los indios y beneficiadores, y lo innumerable que en plata labrada para adorno de los templos y casa se distribuye, si no es mayor es igual a lo quintado lo que deja de quintarse. Para prueba de lo dicho son muchos los autores que han numerado la plata que desde su descubrimiento se ha sacado de este rico e inacabable cerro. El año de 1573 halló el Excmo. Señor don Francisco de Toledo, Virrey del Perú, en la visita de las Reales Cajas de esta Imperial villa por sus libros, que en aquellos 20 años desde su descubrimiento se había quintado setenta y seis millones; y desde este año hasta el de 85 (como afirma el capitán Pedro Méndez) se quintaron otros cuarenta millones. El año de 1590 imprimió en España el Padre José de Acosta de la Compañía de Jesús (Provincial que fué en estas dilatadas provincias del Perú) aquella su gran historia intitulada Historia Natural de las Indias. Comunicó al Rey Felipe 2.<sup>o</sup> la gran riqueza de este cerro de Potosí; y digo lo que escribe en dicha historia, libro 4.<sup>o</sup>, capítulo 7.<sup>o</sup>, que desde el año 1545 que se descubrió hasta el de 1585 se sacaron en aquellos 40 años, de quintos para S. M., once millones de plata ensayada de a catorce reales y un cuartillo el peso, con que viene a ser en moneda de lo dicho registrado para el quinto más de quinientos millones; y se puede considerar serían otros tantos los que hasta allí se habían sacado sin registrar y pagar quinto de ello y si esto fué en aquellos primeros años que aún no se habían descubierto otras muchas minas que

después se descubrieron, ¿qué sería en adelante? Bernardo de la Vega, en el libro de las grandezas del Perú, certifica que desde el año de 1545 hasta el de 1597 se habían quintado para todos quintos, digo quinientos y treinta y seis millones de plata ensayada. El lismo. y Reverendísimo Señor D. Fr. Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona, coronista del Emperador Carlos V<sup>o</sup>, dice de este rico cerro que en aquellos primeros años de su descubrimiento (en que sólo daban plata la mina descubridora, la de Cotamino y Pizarro) se daban cada año siete millones de plata ensayada. Y si tan gran cantidad daba tan pocas labores, cuánto más darían las muchas que después se fueron descubriendo. Don Bartolomé Astete de Ulloa, factor de las Reales Cajas de esta Imperial Villa, en las noticias que remitió al Rey D. Felipe 4<sup>o</sup> de la reedificación de la Ribera (que la destruyó la Laguna de Caricari el año de 1626), dice que desde el de 1545 que se descubrió este rico cerro hasta el de 1632 se quintaron 980 millones; y según don Antonio de Acosta, como queda dicho hasta el año 1657 (que es el espacio de 12 años que dice este autor), se sacaron 3.010 millones; y como afirman Don Juan Pasquier en la historia o parte de ella que escribió de esta Imperial villa, Bartolomé de Contreras, azoguero rico en ella, y el contador Andrés Bretón, hasta el de 1665 se sacaron por todos 3.030 millones en espacio de 120 años que dicen conformes; y habiendo hallado mi diligencia en estos autores la cantidad que cada uno cuidadosamente sacó en limpio, hallóme con la obligación de hacer lo mismo hasta este año de 1705, en que justamente se cuentan 160 años desde su descubrimiento (como queda dicho), aunque con alguna dificultad por causas de que en los Libros Reales están mezcladas las sumas con las partidas de plata que se han traído de varios minerales, particularmente en espacio de 40 años que para el cuidado de ajustarías se me han sido reservadas; y para dar entero cumplimiento he procurado con toda diligencia ajustar con certidumbre lo que se ha sacado en 40 años; y por los Libros Reales y también de los azogueros y dueños de trapiches, cómputo y razones de este propósito, he hallado que en los sobredichos 40 años se han sacado de este dicho rico cerro otros 170 millones, que por todos hacen los 3.200 que ya quedan dichos; y también que distribuida esta cantidad en 160 años les viene a cada uno a 20 millones, y es un espanto sin ejemplar del mundo un tesoro que ha enriquecido el orbe y escándalo que ha trabucado las naciones; y si el haber dado tanto debe causar admiración, mucho más su firmeza y duración inacabable, pues mediante la voluntad divina se espera dará en adelante más crecido número de millones. Otra cosa se debe ad-

vertir, en particular, de la cantidad que hasta aquí se ha sacado de este rico cerro; lo cual es que en más de 60 años no alcanzaron el conocimiento y beneficio de metal negrilla, y así la mina que daba en este género la desamparaban; por cuya causa en los primeros años de su descubrimiento se experimentaron en esta Imperial villa muchos conflictos por faltarle la plata en varias ocasiones, como diré más adelante. De suerte que si todo el metal negrilla y otros a quienes no se conocía el beneficio no les hubieran despreciado, y (con) conocimiento se sacara de ellos toda Ley, fueran mucho más los millones que les hubiera dado. Hoy se padece gran incomodidad en las minas por su mucha profundidad y haber dado la más en agua, como dieron las de Guadalcanal en España, de que hablan los libros de Macabeos, no porque allí se prohíbe sacarla (simpleza del vulgo), sino porque ha centenares de años o que se acabó la veta, o dieron las minas en agua. Pero en este riquísimo cerro de Potosí no imposibilita de todo punto el sacar metales de las que cogen agua; porque se valen de bombas, cubos y otros instrumentos siendo finísima la plata de algunas de estas minas aguadas, y admira a la filosofía lo que cada día proceda la experiencia en este Potosí, que el metal cortado de la peña si este año no es de ley, dentro de cuatro crece y tiene todos los quilates. La plata hacia el poniente es la más rica, y todo el cerro la admiración del mundo; él lo enriquece todo y a él le vienen a servir los regalos que goza, que son innumerables. El muy Reverendo padre maestro fray Antonio de la Calancha, ponderando en su historia la máquina de plata que de este rico cerro se había sacado hasta el tiempo que su paternidad asistió en la Imperial villa por predicador mayor de su convento, dice: De las barras de plata que se han sacado del rico cerro de Potosí, se pudiera hacer un puente de ella de esta villa a España. Acosta y Pedro Méndez dicen que de la plata que se había sacado hasta sus tiempos, se podía hacer otro cerro de su mismo tamaño. Hallándose en él cuantos géneros de metales ricos de plata crió la naturaleza, como son: plata blanca, rosicler, plomo ronco, negrilla, opacos, acerados y otros seis géneros a que les aplican propios nombres los moradores conforme a su calidad, a los cuales desde el año de 1571 se les comenzaron a sacar la mayor parte de la Ley, con el beneficio del azogue y otros materiales a cuidado de la experiencia, como diré en otra parte más largamente. Porque antes por falta de conocimiento los arrojaban en los desmontes y sólo beneficiaban lo más conocido y más rico, con que se apreció más el rico cerro de Potosí. En sus comarcas crió Dios las cosas que ha menester su beneficio: la

cal, plomo, cobre, estaño y sal; y si hubiera material fuerte para fundir el metal de hierro (que lo hay en abundancia), no necesitaría del que traen de Vizcaya, Francia, Alemania, para las almadanetas con que se muelen los metales, y para otras cosas pertenecientes a sacar la plata; pero nada le falta de lo que ha menester para sacar la pródiga naturaleza que crió para esta olla todas sus berzas, pues a faltar algún de estos metales o por el sobrado gasto no se beneficiara la plata, o por la falta no se beneficiaran los metales rebeldes. Pero si han molido/metales los Ingenios, más Indios han molido los trozos en las minas por sacarlos, pues en cada partida que se acuña ponen a mucho riesgo sus vidas. En las espantosas cuanto ricas entrañas de este admirable monte resuenan ecos de los golpes de las barretas, que con las voces de unos, gemidos de otros, gritos de los mandantes españoles, confusión y trabajo de unos y otros y espantoso estruendo de los tiros de pólvora, semeja tanto ruido al horrible rumor de los Infiernos: noviciado parece de aquel centro formidable. Innumerables son los que han perecido en las entrañas; cada paso que dan en una de sus minas, llegan al umbral de la muerte, sirviéndoles a cada uno por vela para morir aquélla que traen en la mano para poder andas; unas veces se les suele apagar la luz y allí perecen; otras, se los traga la misma tierra donde pisan, porque ignoran los huecos que debajo pasan, se abren y los sepultan; otras, se hallan enterrados de los sueltos que sobre ellos caen; otros se caen en aquellos pozos y lagunas de mucha profundidad que hay allí dentro y se ahogan. Veréislos unas veces trepar los sogas cargados de metal, sudando y trasudando; otras veces los veréis descender por unos palos muy delgados, 200, 300 y más estados, y a veces, por desmandárseles un pie, bajar por esa escala hasta llegar a la muerte; también los veréis algunas veces asemejarse a las bestias caminando de cuatro pies con la carga a las espaldas, y otras arrastrándose como gusanos. Finalmente, hombres ha habido que habiendo entrado sólo por curiosidad a ver aquel horrible laberinto, han salido robado el color y dando diente con diente; ni pronunciar una palabra han podido: efectos del horror que acababan de experimentar; y sosegados no han podido cómo ponderarlo, ni referir los asombros que han visto allá dentro; pues, por partes, por más que se levante la vista a ver el tope, no lo alcanzan; y si miran abajo, no ven el fin; en un lado encuentran un horror, en otro un asombro y todo es confusión cuando se ve allí dentro por manos de hombres que ha formado la codicia de sacar plata. En este cerro se experimenta cada hora el favor y amparo de Dios nuestro Señor y de su Santísima

Madre, pidiendo su socorro ante las imágenes de la Candelaria, de las Parroquias de Copacabana y San Pedro, como se verá en el discurso de esta historia. También se verá algunos secretos obrados de naturaleza que en las entrañas de este rico Cerro han sido hallados en varias minas. Y por adelantar más sus excelencias, digo que este altivo y admirable monte está solo (sin) arrimo alguno, pues aunque el de Caricari comienza a su lado diestro y el de Guaynacaba al siniestro, y el Cerro de Guacohaoche que se ve a las espaldas, por todas partes tiene su división y está como señor de esos otros cerros, que aunque son muy altos el de Caricari y Tollosi (que también está a su siniestra mano, aunque muy distante) los mira a todos como a subditos su altivez; los cerros de Caricari y Tollosi tienen ricas minas de plata que a tiempo ha dado en abundancia. El cerro de Guaccachec, aunque carece de metales ricos, todavía tiene algunos metales, digo criaderos de plata; llámase Guacchec, que se interpreta el que hace llorar, porque es tal el aire y frío que en él se experimenta, que ha hecho llorar a los hombres con su horrible furia. Al poniente de este rico Cerro de Potosí crió Dios una fuente regalada, milagro de naturaleza que llaman Flamencos, de tanta estimación en otros tiempos que valía ocho reales una bota de esta agua. Al otro lado del Cerro de donde sale Flamencos, corre otra agua tan mala y dañosa que frunce los labios, arruga las manos, pudre el vestido y zapatos si se moja con ella. Y aun mueren los carneros si la beben. Es cosa prodigiosa en tan corto compás la diferencia de estas aguas, la cual es conocida por nombre de sólo la Quebrada de Santiago. Finalmente, es tanto lo que hay que notar en este admirable Cerro que si todo lo hubiera de decir, no fueran bastantes otros muchos capítulos a declararlo.

A principios del mes de enero de este año de 1549 fué recibido en esta Imperial Villa el Licenciado Francisco de Esquivel, que el año antecedente de cuarenta y ocho vino proveído para este Gobierno con título de Alcalde Mayor de la Real Justicia y fué el primero que la gobernó por el Rey, porque los tres años pasados sólo estuvo tiranizada por los de Gonzalo Pizarro. Sucedió con el Licenciado Francisco Esquivel el caso memorable que contaré en el capítulo siguiente.

En este mismo año de 1549 la villa de Chuquisaca se hizo Ciudad obispa! con gran contento de Potosí y toda su Provincia por tener cerca a su Príncipe y Pastor; comenzóse a nombrar la Ciudad de La Plata, porque en aquel tiempo se persuadieron sus pobladores a creer que todos sus cercanos contornos estaban

cargados de Plata, así en tesoros escondidos como en ricas minas, que los Indios afirmaban haber en aquellos cerros, lo cual hasta ahora no se ha visto. Es metrópoli de esta Ciudad de las Provincias de los Charcas, Porco, Chichas y otras muchas, que parte de ellas se dividieron después y se incorporaron en los obispados de la Paz y Misque, que pasados algunos años se hicieron tales. Y con haberse desmembrado las que estaban muy distantes, quedó el obispado de los Charcas (que también se hizo después Arzobispado) muy dilatado y el más rico del Perú por estar en su distrito esta Imperial Villa de Potosí y otros ricos asentos de poderosas minas.

## CAPITULO DECIMOSEXTO

EN QUE SE CUENTA UN CASO QUE SUCEDIÓ EN ESTA VILLA CON EL LICENCIADO FRANCISCO ESQUIVEL, JUEZ DE ELLA, Y UN SOLDADO LLAMADO AGUIRRE

**A**UNQUE el principio del caso que quiero contar sucedió en esta Imperial Villa, vino a tener su fin en la ciudad del Cuzco, donde a la sazón era Corregidor el Mariscal Alonso de Alvarado, que por ser Juez tan vigilante y riguroso se tuvo el hecho por más belicoso y atrevido. Sucedió, pues (según lo cuentan Garcilaso de la Vega, en la segunda parte de sus Comentarios Reales, Acosta y el Capitán Pedro Méndez), que saliendo de esta Imperial Villa una gran bandada de más de doscientos soldados para la pacificación del Reino de Tucma, que los españoles llamaron después Tucumán, fueron los más de ellos con Indios cargados (uso en aquel tiempo falto de toda caridad, en que la violencia y el rigor hacía aparecer bestias a los humildes naturales), aunque las Provisiones de la Real Audiencia de Lima lo prohibían. Salió el Justicia Alcalde Mayor de esta Villa, que ya dije se nombraba el Licenciado Francisco Esquivel, a la falda del Cerro (que por la parte del Oriente va el Camino a las Provincias del Tucumán) a ver los soldados cómo iban por sus cuadrillas, y habiendo dejado pasar a todos con Indios cargados (que todos lo hacían por faltar bestias) echó

mano, y prendió al último de ellos, que se decía Fulano Aguirre, porque llevaba dos Indios cargados (desgraciado hombre, pues siendo el que menos llevaba, fué topadero del Juez, no de la Justicia), y pocos días después lo sentenció temerariamente a doscientos azotes, porque no tenía oro ni plata para pagar la pena de la prohibición a los que cargaban Indios. El soldado Aguirre habiéndosele notificado la sentencia buscó padrinos para que no se ejecutase; mas no aprovechó nada con el Alcalde. Viendo esto Aguirre le envió a suplicar que en lugar de los azotes lo ahorcase; que aunque era hijodalgo, no quería gozar de su privilegio; que le hacía saber que era hermano de un hombre que en su tierra era señor de vasallos. Nada aprovechó con el Licenciado con ser un hombre manso y de buena condición fuera del oficio; pero por muchos acaece que los cargos y dignidades les trueca la natural condición, como aconteció a este Letrado, que en lugar de aplacarse mandó que fuese el verdugo con una bestia y los ministros para ejecutar la sentencia. Don Antonio de Acosta dice que la determinación de este Juez fué con indignación a que le provocaron los mismos padrinos que fueron a la súplica, porque habiéndoles respondido con alguna tibieza y aun enfadoso encarecimiento (como es ordinario en los Jueces), se levantaron de sus asientos el sargento Pedro de Lerma y el Capitán Antonio de Meló y le dijeron palabras muy atrevidas, porque siendo de una misma nación y patria se conocían, y amenazándole de muerte si ejecutaba la sentencia se salieron de su presencia muy indignados. Fueron, pues, los Ministros a la cárcel y subieron al Aguirre a la bestia. El contador Pedro de Zumárraga, Agustín Matienzo, Diego de San Cruz con otros hombres principales y honrados de la Villa, viendo el rigor, acudieron todos al Juez y le suplicaron que no pasase adelante aquella sentencia porque era muy rigurosa. El Alcalde, por más fuerza que de grado, les concedió que se suspendiese por ocho días. Cuando llegaron con este mandamiento a la cárcel, hallaron que Aguirre estaba ya desnudo y puesto en la cabalgadura; el cual, oyendo que no se le traía más merced que detener la ejecución por ocho días, dijo: Yo andaba por no subir a esta bestia ni verme desnudo como estoy, mas ya que habernos llegado a esto, ejecútese la sentencia, que yo lo consiento, y ahorraremos la pesadumbre y el cuidado que estos ocho días había de tener buscando rogadores y padrinos que me aprovechen tanto como los pasados. Diciendo esto, él mismo aquíjó la cabalgadura, corrió su carrera con mucha lástima de Indios y Españoles de ver una crueldad y afrenta ejecutada con tan poca atención en un hombre noble por tan poca causa. Y que

no fué sólo Aguirre el que iba contra lo proveído, ni la pena era puesta con semejante afrenta a ningún Español; sino de cierta cantidad moderada en oro o plata, por la primera vez, y por la segunda duplicada; y tercera, perdimiento de sus bienes y pagas de su plata. Pero él, como noble, vengó después su afrenta conforme a la ley del mundo. Después de afrentado Aguirre no quiso ir a su conquista, aunque los de esta Villa le ayudaron con todo lo que había menester; mas él se excusó diciendo que lo que había menester para su consuelo era buscar la muerte, y darle priesa para que llegase a una, y con esto se quedó en los contornos de Potosí. Sucedió este afrentoso caso un martes 18 de enero del año de 1549.

Cumplido el término del oficio del Licenciado Esquivel (que fueron 4 años no cumplidos), dio Aguirre en andarse tras él como hombre desesperado para matarlo, como quiera que pudiese, por vengar su afrenta, valiéndose del disfrazado traje, por lograr más también su intento. Certificado el Licenciado, por sus amigos, de esta fiera determinación, trató de ausentarse y apartarse del ofendido, y no como quiera, sino trescientas a cuatrocientas leguas de por medio, pareciéndole que viéndose ausente y tan lejos le olvidaría Aguirre; mas él cobraba más ánimo, cuando más el Licenciado le huía; le seguía por el rastro dondequiera que iba. La primera jornada del Licenciado fué hasta la Ciudad de los Reyes, que hay cuatrocientas leguas de camino; mas dentro de veinte días de su llegada, estuvo Aguirre con él. De allí dio el Licenciado otro vuelo hasta la Ciudad de Quito, que hay otras cuatrocientas leguas; pero a poco más de veinte días estuvo Aguirre en ella. Lo cual sabido por el Licenciado, volvió dando otro hasta el Cuzco, que son más de quinientas leguas de camino; pero a pocos días de llegado, vino Aguirre que caminaba a pie y descalzo y decía que un azotado no había de andar a caballo, ni parecer donde gentes lo viesen, ni vestirse como noble, sino como el más vil esclavo. Y era así que por su mal traje nadie le conocía, si él no se daba a conocer. De esta manera anduvo Aguirre tras su Licenciado tres años y cuatro meses. El cual, viéndose cansado de andar tan largos caminos y que no le aprovechaba determinó hacer asiento en el Cuzco, por parecerle que habiendo en aquella ciudad un Juez tan riguroso y Justiciero, como era el Mariscal Alonso de Alvarado (de quien en los Capítulos antecedentes habernos hecho mención), no se le atrevería Aguirre a hacer cosa alguna con él. Y así tomó para su morada una casa, calle en medio de la Iglesia mayor, donde vivió con mucho recato; traía una co-

ta vestida debajo del sayo y su espada y daga ceñida, aunque contra su profesión. En aquel tiempo dice el comentador Garcilaso de la Vega que un sobrino de su padre, hijo de Gómez de Tordoya y de su mismo nombre, habló al Licenciado Esquivel, porque era de su patria, extremeño y amigo, y le dijo: Muy notorio es a todo el Perú, cuan camino y diligente andaba Aguirre por matar a Ud. Yo quiero venirme a su posada siquiera a dormir de noche allá, que sabiendo Aguirre que estoy con Vd. no se atreverá a entrar en su casa. El Licenciado lo agradeció y dijo que él andaba recatado y su persona segura, que no se quitaba una cota y sus armas ofensivas, que esto bastaba, que lo demás era escandalizar la ciudad y mostrar mucho temor a un hombrecillo como Aguirre. Dijo esto porque era de cuerpo pequeño y de ruin talle; mas el deseo de la venganza le hizo tal de persona y ánimo, que pudiera igualar a los famosos de aquel tiempo. Pues se atrevió a entrar un lunes a mediodía en casa del Licenciado, y habiendo andado por ella muchos pasos y pasado por un corredor alto y bajo y por una sala y una cuadra, cámara y recámara, donde tenía sus libros, le halló durmiendo sobre uno de ellos y le dio una puñalada en la sien derecha de que le quitó la vida, y después le dio otras dos o tres por el cuerpo, mas no le hirió por la cota que tenía vestida, pero los golpes se mostró por la herida del sayo. Aguirre volvió a desandar lo andado, y cuando se vio a las puertas de la calle, halló que se le había caído el sombrero, y tuvo ánimo de volver a entrar por él; y cobrándolo, tornó a salir a la calle. Mas ya cuando llegó a este punto, iba tan cortado, sin tiento ni juicio, pues no entró en la Iglesia a guarecerse en ella, teniendo sólo la calle en ella en medio. Fuese hacia San Francisco, que entonces estaba el convento al oriente de la Iglesia; y habiendo andado un buen trecho de la calle, tampoco acertó a ir al monasterio. Tomó a mano izquierda por una calle que iba a parar donde fundaron después el convento de Santa Clara. En aquella Plazuela halló dos caballeros mozos, cuñados de Rodrigo de Pineda, llamado el uno Santillán y el otro Fulano Cataño, Caballeros de mucha nobleza, y llegándose a ellos robado el color, les dijo: —Escóndanme, escóndanme—, sin saber decir otra palabra, que tan tonto y perdido iba como todo esto. Los caballeros le conocían y sabían su pretensión. Le preguntaron —¿Habéis muerto al Licenciado Esquivel?— Aguirre dijo: —Sí, señores, escóndanme, escóndanme—; y con la turbación procuraba esconderse tras aquellos caballeros, tropezando una y otra vez en su propia fuga. Aquí se vio claramente la arquitectura siempre engañosa de la fábrica de la maldad; la entrada tienen

fácil y difícil la salida. El bulto del pecado es muy embarazoso; a pecar se entra con desahogo, y en pecando se ahoga el hombre en las propias anchuras. Viendo, pues, aquellos caballeros tan extraña turbación, lo metieron en la casa del cuñado, donde a los últimos de ella había tres corrales grandes, y en uno de ellos una zahúrda donde entraban los cebones a sus tiempos; allí lo metieron y mandaron que en ninguna manera saliese de aquel lugar, ni asomase la cabeza, porque no acertase a verlo algún indio que entrase en el corral, aunque el corral era excusado; que no habiendo ganado dentro, no tenían a qué entrar en él. Dijéronle que ellos le proveerían de comer sin que nadie lo supiese. Y así lo hicieron, que comiendo y cenando a la mesa del cuñado, cada uno de ellos, disimuladamente metía en las faltriqueras todo el pan y carne y cualquiera otra cosa que buenamente podía; y después de comer, fingiendo cada uno que iba a la provisión natural, se ponía a la puerta de la zahúrda y proveía al pobre de Aguirre, y así lo tuvieron cuarenta días naturales. El corregidor, luego que supo la muerte del licenciado Esquivel, mandó tocar la campana y poner Indios cañaris por guardas a las puertas de los conventos y centinelas alrededor de todos los conventos y ciudad; y mandó pregonar que nadie saliese de ella sin licencia suya. Entró en los conventos, católos todos, que no le faltó sino derribarlos. Así estuvo la ciudad en esta vela y cuidados más de treinta días sin que hubiese nueva alguna de Aguirre, como si se lo hubiese tragado la tierra. Al cabo de este tiempo aflojaron las diligencias, quitaron las centinelas, pero no las guardas de los caminos reales que todavía se guardaban con rigor. Pasados cuarenta días del hecho, les pareció (a) aquellos Caballeros que sería bien poner a Aguirre en más cobro y librarse del peligro que corrían de tenerlo en su poder, porque el Juez era riguroso y temían no les sucediese alguna desgracia. Acordaron sacarlo fuera de la ciudad en público, y no ocultándolo, y que saliese en hábito negro, para lo cual le raparon el cabello y la barba, y le lavaron la cabeza, el rostro, pescuezo, manos y brazos hasta los codos con agua en la cual echaron una fruta silvestre que ni es de comer ni de otro provecho alguno: llámanla los Indios **Vuitoc**. Es de color, forma y tamaño de una berenjena de las grandes; la cual, partida en pedazos, echada en agua y dejada estar así tres o cuatro días y lavándose después con ella el rostro y las manos, y dejado enjugar al aire, a tres o cuatro veces que se laven pone la tez más negra que un Etíope; y aunque después se lave con otra agua limpia, no se quita ni pierde el color negro hasta que han pasado diez días, y entonces se quita con el

hollejo de la misma tez, dejando otro como el de antes estaba. Así pusieron al buen Aguirre (a quien duelos hicieron negro) y lo vistieron como a tal del campo, con vestido bajos y viles, y un día a las doce horas salieron con él a las calles y plazas donde la casa de Rodrigo de Pineda hasta el cerro Carmenca, por donde va el camino para ir a los Reyes, y había muy buen trecho de calle desde la casa de Pineda hasta el último cerro de Carmenca. El negro Aguirre iba a pie delante de los que parecían sus amos con arcabuz al hombro, y uno de sus amos llevaba otro en el arzón y el otro llevaba un halcón fingiendo que iban de caza. Así llegó a lo último del pueblo, donde estaban las guardas, las cuales le preguntaron si llevaban licencia del corregidor para salir de la ciudad. El que llevaba halcón, enfadado de su propio descuido dijo al hermano: Vd. me espere aquí o se vaya poco a poco que yo vuelvo para la licencia y le alcanzaré muy presto. Diciendo esto, volvió a la ciudad y no curó de la licencia. El hermano se fué con su negro a toda buena diligencia, hasta salir de la jurisdicción del Cuzco, que por aquella parte era más de cuarenta leguas de camino. Habiéndole comprado un rocín y dándole una poca plata, le dijo: Hermano, ya que estáis en tierra libre que podéis ¡ros donde mejor os estuviere, que yo no puedo hacer más por vos. Diciendo esto se volvió al Cuzco y Aguirre llegó a Guamanga, donde tenía un deudo muy cercano, hombre noble y rico de los principales de aquella ciudad, el cual lo recibió como a propio hijo y le hizo mil cariños y regalos. Al cabo de muchos días lo envió bien proveído de lo necesario. Así escapó Aguirre, que fué una de las cosas admirables en aquel tiempo, acaecidas en este Reino por las circunstancias favorables de Aguirre.